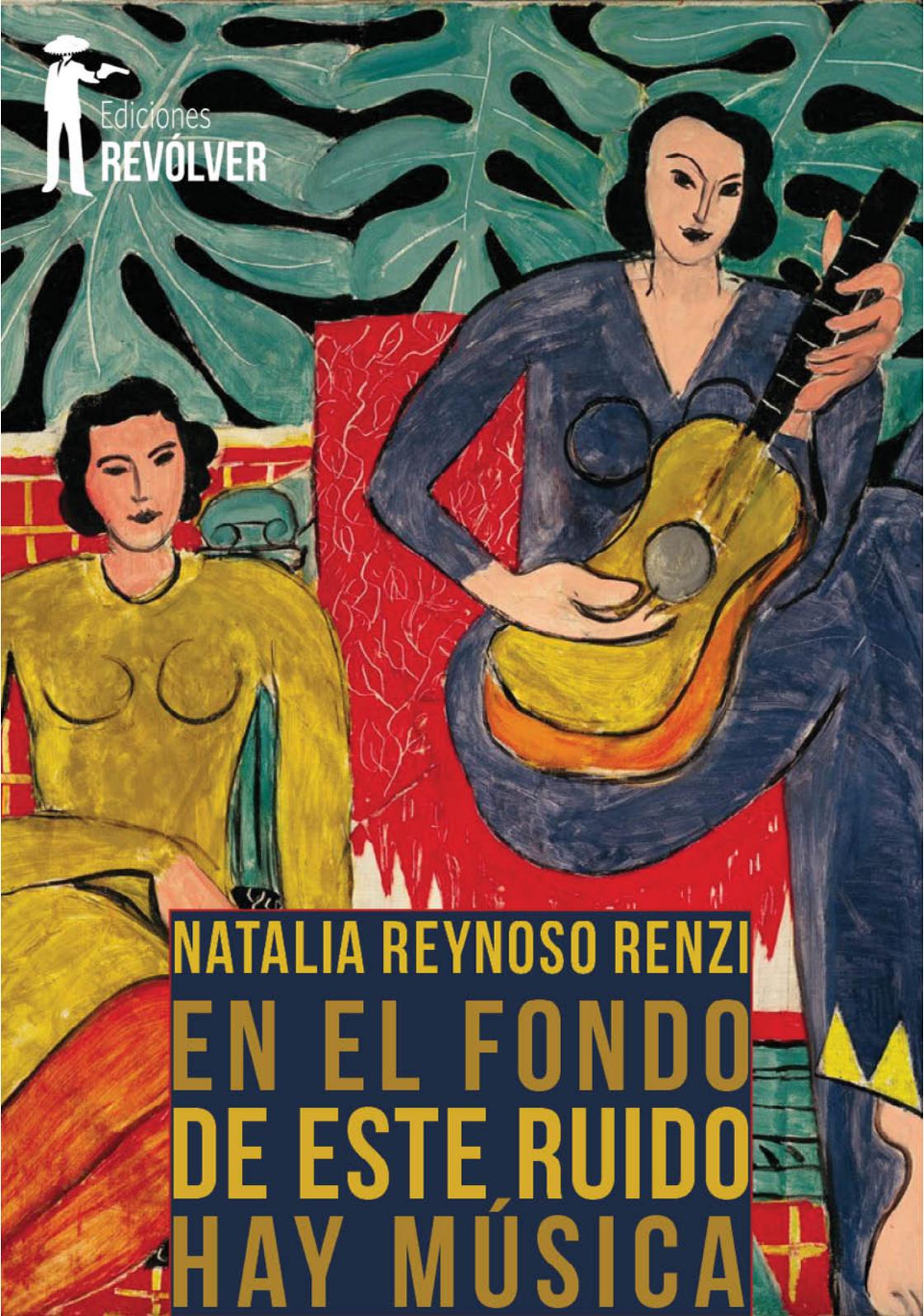




Ediciones
REVÓLVER



**NATALIA REYNOSO RENZI
EN EL FONDO
DE ESTE RUIDO
HAY MÚSICA**

EN EL FONDO DE ESTE RUIDO HAY MÚSICA

NATALIA REYNOSO RENZI



Natalia Reynoso Renzi
En el fondo de este ruido hay música
(2021)

3 Poesía

Ilustración de cubierta: *Música* (1909) de Henri Matisse
Diseño de portada e interior: Editorial Revólver
Correo: contacto@edicionesrevolver.com
www.edicionesrevolver.com



En el fondo de este ruido hay música de Natalia Reynoso Renzi
está bajo licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual
4.0 Internacional License.

**EN EL FONDO DE ESTE RUIDO
HAY MÚSICA**

PRÓLOGO

La poesía siempre me estuvo dando vueltas como un satélite de agua adonde podía viajar cuando la realidad se volvía seca y áspera. En el curso de ingreso de la Facultad de Periodismo de La Plata me hice amiga de un chico al que le gustaba leer y, cuando nos juntábamos para hacer los trabajos y leer los apuntes, en realidad nos intercambiábamos títulos, autores, autoras y lecturas. Nos leíamos párrafos sueltos y conversábamos de literatura, creo que ningunx de lxs dos siguió periodismo. Después del curso de ingreso nos perdimos de vista, pero estoy segura de que aquel chico no dejó de leer. Era de ese tipo de gente que podemos distinguir entre lxs demás después de un pequeño cruce de palabras, una de esas personas heridas por la letra; *lletraferits*, le dicen en catalán. Él fue el primero que me hizo notar un detalle que me pasaba inadvertido, como acostumbra a pasar con los detalles importantes, que de tan obvios se vuelven invisibles. Una tarde me comentó: “A mí, lo que no me gustaría es tener que llamarme poetiza, es como un desprecio esa palabra. Tiene que ser un problema para las mujeres que escriben poesía”. Yo no lo veía tan terrible.

Participaba en el taller de escritura del novelista Gabriel Báñez y las pocas veces que un compañero o compañera traía un poema Gabriel lo recibía con una sonrisa, diciendo: “Cometiste una poesía”, lo que desanimaba

bastante para aportar ese tipo de material a un taller que se centraba en la narrativa. Sin embargo, nunca faltaba un valiente, casi siempre era un hombre, aunque había mujeres valientes en el taller, las defensoras de la poesía no asomaban las plumas en esas riñas. Así que solía ser uno el que se quejaba: “Pero bueno, Gabriel, ¿qué te pasa con la poesía? ¿No te gusta?” y, con más intención de dar una vuelta de página que de enfatizar la provocación, él contestaba con tono de disculpa: “Es que a mí me gusta la buena poesía”, y ahí se desinflaba la discusión y volvíamos a los cuentos, los diálogos, las tramas, los relatos, los personajes y las novelas que cada unx de nosotrxs estábamos escribiendo.

La poesía era algo personal, más bien íntimo, difícil de compartir y sin embargo ahí estaba, en los libros que leía, en los papelitos que escribía, en los borroneos de los cuadernos, en los márgenes del ajeteo. Dispuesta para cuando había que ramificar la mirada y anidar lo imperfecto de mis planes frente a lo irrefutable de los hechos, generosa para recoger el estupor frente a lo inexplicable o lo consumado. Una noche hablábamos con un antiguo amor sobre la vida que nos había alejado, era otoño, el final del servicio nos había expulsado del bar en donde habíamos planificado nuestro reencuentro y al darnos cuenta de que en realidad se trataba de una despedida nos dedicamos a conciencia a expandir el momento para encapsularlo con delicadeza entre nuestros recuerdos, con todas las ceremonias de mansedumbre que nos

merecíamos. Él dijo que a veces había que contentarse con ser como aquellos versos sencillos, ideados para ayudarse a sostener, entrelazados, la coronación del verso brillante, el que haría inolvidable al poema; y fue una forma dulce y esperanzada de terminar. Ahora me daría pánico de encontrarme en una ruptura como aquella, pero en ese momento nos comprometimos a transitarla hasta el final de la penumbra con susurros, en un bello adiós.

La que se quedó conmigo fue la poesía, abriendo cuadernos, desenterrando viejos archivos en el ordenador, en las charlas con amigxs, en las conversaciones que atrapo de personas desconocidas. Ahí está atenta, esperándome, sabiendo que a veces sólo ella es capaz de contener toda la intensidad, la velocidad y la emergencia que me deja mi día a día de vivir, trabajar y maternar. A veces creo entender por qué tantas mujeres encontramos refugio en la poesía, es una cuestión de distancias cortas, cuando los desayunos, los paseos, los baños, las meriendas, las fiebres, las cenas, los deberes, la ropa, los juegos, los recorridos a la escuela y el trabajo de subsistencia parcelan el tiempo en minutos por donde sólo pueden filtrarse carreras desbocadas hacia ella. Tratándose de la forma más libre de escritura que existe se vuelve resbalosa la tarea de encerrarla en un cuerpo limitante de definiciones y reglamentos, que nadie abarca, pero todxs inferen. Cada unx de nosotrxs tenemos una manera de entender cuándo es bueno o malo un poema que se nos presenta y es complicado de explicar, aunque se venga intentan-

do desarmar el funcionamiento de una poesía como si fuera un reloj. A cada cual le suena donde le resuena y el objetivo del poeta es lograr dar con esa tecla.

Cuando Raymond Carver descubría que la paternidad de sus niños pequeños le dejaba muy poco tiempo para escribir encontró en los cuentos cortos una forma efectiva de expresarse, que no le requería tanto tiempo para tener un trabajo terminado. A nadie le alcanzaban las manos para aplaudir ese hallazgo, olvidándose de las legiones de mujeres poetas que ya habían practicado esa economía antes. A mí también me gusta la buena poesía y hay tantas poetas extraordinarias que me da hasta vergüenza vincularme con ellas, que vienen dedicando toda la vida y la producción a romper las estructuras del poema, a recrear una gramática personal, a buscar el ritmo en encabalgamientos desacostumbrados, a jugar con lo visible de lo invisible, a cristalizar la imagen para tallar el símbolo, a escribir la respiración bailando con lo abstracto, asumiendo el riesgo de poder quedar encerradas en lo hermético. Mis poemas, por lo general, son meros relatos o enumeraciones escritas en caída vertical, oraciones, súplicas y agradecimientos tirados al aire. Pero ocurre que mi vida está jalonada de esas pequeñas fugas, de esas ayudas y esos placeres, así que no puedo hacer otra cosa que compartir mi ofrenda al fuego total que alimentamos entre todas.

Barcelona, 2020

En memoria de la gente
que me acompañó
desde el principio
en todos los sentidos;
en especial a mi madre
y a mi hija,
que son como mis brazos
en el tiempo,
las abrazo
con todo mi amor.

*Yo creceré hasta los pájaros,
caminarás en mí y nos iremos caminando.*

Elba Fábregas
Piedra demente

LA MISA DE LAS ONCE

Cuando llegué a Catalunya
quise aprender a hablar el idioma.
A la gente le costaba hablarme
en la lengua local porque decían
que como me habían conocido en castellano
no les salía,
entonces empecé a ir a la misa de las once
en el carrer Ferran.

Llegaba un poco antes,
cuando terminaba de hacer la ronda
de desayunos que vendía por las tiendas,
y me quedaba sentada ahí,
como quien va a ver el concierto
de una diva.

Puntualmente entraba ella,
con su sotana de lujo
sobre un órgano de fondo,
lanzando humos perfumados.
A la mitad del espectáculo
se zampaba una copa de tinto
y empezaba a repartir hostias
como si fuesen pastillitas
entre les fans.

El catalán de la misa
no me impactó demasiado,
no recuerdo mucho
qué pasajes de la Biblia se leyeron.
Creo que había una predilección
por los hechos de los apóstoles,
las cartas y todos los bonus tracks
del nuevo testamento;
como ocurre a menudo:
la fina truculencia
fabulosa y cómica
del antiguo testamento
era ninguneada bajo el peso
de los cuatro evangelios
mal sincronizados,
que dominan el occidente.

De lo que sí me acuerdo
es de las conversaciones
de las beatas que limpiaban,
acomodaban y vestían a los santos
antes y después de la misa.

Eran señoras mayores,
hablaban de dolencias físicas
y las llevaban con orgullo,
al punto de desautorizarse
unas a otras,
diciéndose que el mal de cada una
era peor que el que explicaba la otra.

Yo era joven,
no había llegado a los treinta,
y las veía a todas
reventadas por igual.

Ahora que han pasado casi veinte años
y la perspectiva que me enseñaban
no me queda tan lejana
hago acopio de mis dotes de plagio,
para desenterrar un rezo de mi corazón
y suplicar por el futuro
de todas nosotras.

Espero que el tiempo no termine
convirtiéndonos en nada más que eso:
una lucha por arrogarnos el sufrimiento
mientras el patriarcado
reparte hostias por igual.

Por sistema,
la que no reciba hoy recibirá mañana.
Muerte a las competencias por el éxito
y el dolor,
compañeres.

ORACIÓN A VINCENT VAN GOGH

Vincent, siempre te recordamos de cuando te pegabas velas en el ala del sombrero para ver tus luces de la noche.

Vincent, siempre recordamos tus cartas, lamentos, llamadas, confesiones, observaciones, descripciones, lecciones, cariños, guiños y fundamentalmente el amor esencial a tu hermano Theo y agradecemos a Theo y a su familia haberte traído hasta nosotrxs, lo bien que les fue con el tiempo.

Vincent, siempre recordamos tu paseo final en el campo con una pistola atrayendo y espantando tus cuervos nevermore y lamentamos no haber estado ahí para distraerte; dicen que sólo se necesitan 90 minutos para que un suicida se arrepienta. De todas maneras, por cómo te fueron después las cosas es posible que no te arrepientas, ni vos ni tu familia, descontando a Theo, desde ya, él tampoco se perdona no haber tenido esos 90 minutos.

Vincent, siempre recordamos tu última noche tiroteado, hablando tranquilo en brazos de tu pobre hermanito.

Vincent, siempre recordamos tu almuerzo de patatas, tus botas, tus molinos, tus flores que fumabas en pipa, tus chinerías de papeles de seda, tu médico pensativo, tu amistad dolorosa con Jean Paul, las copias fabulosas de su estilo y sus cosas, gracias, tu verde no es su verde, tu luz amarilla es única.

Vincent, siempre recordamos tu iglesia sin puertas y tu ambición de salvar vidas, tus intentos en la mina, tu frustración de pastor, tu desencanto de dios.

Vincent, siempre recordamos tus trabajos intermitentes y tu dificultad para sostenerlos, a pesar de la buena voluntad de Theo y todo el blablá.

Vincent, siempre recordamos tu epilepsia y tu oreja afeitada y amamos las dos cosas por igual, porque tu dolor y tu violencia se encuentran allá.

Vincent, siempre recordamos tu ansiedad de belleza, tu tristeza por no tenerla o creer que no la tenías, pensamos que estabas equivocado, resplandecés en todos tus autorretratos con o sin oreille coupée.

Vincent, siempre recordamos el amor de la prostitución. A la modelo, cocinera, limpiadora, sostenedora de amor, le dedicamos toda nuestra veneración en una oración aparte.

Gracias mujer de colores tristes.

Vincent, siempre recordamos tus paseos por Arlès y tu necesidad de comunidad.

Vincent, siempre recordamos tus paseos por los hospicios mentales y tu necesidad de soledad.

Vincent, siempre recordamos que en toda tu vida no vendiste ni un cuadro, pero seguiste pintando.

Vincent, dame tu confianza en mi hacer.

SANT JOAN

Voy en el tren,
camino a la Garriga,
a celebrar la revetlla
en lo de la vieja Lau.

Mi hija y su padre salieron antes
para preparar la cena
que compartiremos con los vecinos
en unas mesas en la calle.

Salí 19:30 del trabajo,
viajo sola,
leo, escribo, escucho,
miro.

En el asiento de enfrente,
una chica en shorts,
puntas de pelo rosa,
ojos delineados en negro,
bambas con bolso de flecos
y las uñas mordisqueadas,
pintadas de salmón,

mira el móvil, más grande que su mano.

Pienso qué utilidad podría tener
una normativa que hiciese
que los móviles fuesen
como las navajas,
que no debieran superar
la distancia de la palma.

Después de un par de vueltas
desecho la propuesta,
si es que no quiero
compartir el mundo
con un futuro de miopes.

Aunque estaría bien
que las nuevas generaciones
se acostumbraran naturalmente
al uso obligatorio
de auriculares.

Ella escucha el vídeo de un hombre
que habla
con acento latino.

De pronto la llaman
para preguntarle
cuánto le falta
para bajar.

Y su conversación se mezcla
con la que mantiene
el chico del fondo,
también con su móvil.

Él dice: Entra gratis,
Pachà-Barcelona.
¿Qué hacemos?
Me voy a la Marbella
y listo,
y ya está...
Y si no chuta,
nos vamos al Macarena
...no, yo al Macarena no voy
lo más lógico es que...
Y así.

Usa chupines negros,
bambas, barba de dos días
y pelo tupé,
también se muerde las uñas.

Vistos de afuera, se diría
que son del mismo palo,
puede que ellos dijeran que no,
que nanay, que ni tanto,
que ni hablar.

Pero desde sus sitios
no se ven,
los tapan los asientos
... y los móviles.
Los dos eligieron
el lado contrario
al que avanza el tren.

Son chicos fuertes,
del siglo veintiuno.
Los hijos de la crisis,
no se marean
ni se mosquean
por no encarar el trayecto
de frente.

Son un pelín bastante
kinkis, o así
me parecen a mí
como últimamente me pasa
con la adolescencia que observo
como una vieja chota,
anonadada,
intentando espiar
el futuro de mi hija.

¿Para estos kinkis
de las nuevas generaciones
escribirías cuentos?

Mejor no gastar
pólvora en cálculos
chimangos.
Ya no me descorazona saber
que los lectores del futuro
no hablan mi idioma.

Y tampoco debería entristecerme
el poco interés compartido
en los patios de piedra
de las filologías harapientas
donde apenas se descifran, casi,
otras lenguas que no sean
las francas del libre comercio.

Por otra parte,
tampoco podría asegurar
que en unos años todavía existan
los libros, los cuentos
ni siquiera
los kinkis.

Igual, querida,
¿por qué no?
Quién te dice que
nada es como pensás
también en el porvenir.

Recuerdo con ternura
las lágrimas
de un joven doctorando
el día que murió
la última hablante de dálmata.
Siempre hay esperanza
incluso en la agonía,
o sobre todo en ella.

Mientras tanto,
seguimos avanzando,
porque esto no va a parar,
así como así,
nos pongamos
como nos pongamos.

Salvo en el momento de bajar,
no hay nada que yo pueda
controlar,
más allá de la respiración,
así en las vías como
en la vida,
eso es algo
que todavía
no aprendí.

Pero acá,
donde manda maquinista
no manda pasajera,
el viaje desparrama

el tiempo
hacia adelante
para pensar, mirar
y escuchar
los sonidos
que percuten fuera
de mi mente.

En cada estación
el altavoz dice:
“Atención,
recordamos a los señores
pasajeros
que, al bajar del tren,
para salir de la estación
o cambiar de andén,
no han de cruzar las vías.”

Hace cinco años,
en la revetlla de Sant Joan
el tren Alaris
Alicante-Barcelona
aplastó a 13 chicos
que cruzaban por las vías
para bajar a las fogatas
de la playa de Castelldefels.

El maquinista
había disminuido las luces
para no deslumbrar
al otro maquinista.

Eran hijxs de inmigrantes latinxs.
Alguien debe haber puesto rosas
en aquel anden,
hoy.

Alguien no puede dejar
de recordar
en su antigua
lengua extranjera.

AZUL

A mi espalda suena el crepitar de la estufa,
siento su murmullo azul
entibiarme las pantorrillas,
Creando con su reverberación suave
el cuadro completo de mi hogar.

Desde la otra habitación se escuchan
los dedos entretenidos en el portátil.
A partir del sonido de las teclas
puedo dibujar en mi imaginación
la boca preocupada de mi amor,
los labios más besados,
cautivos de la incertidumbre.

BAJO EL CIELO

Los animales y las plantas
concentraron la primavera
en el aire libre de nuestro
encierro;
el otoño nos suelta
en pedacitos,
sobre las ruinas soleadas
de lo que nos dejaron
los monstruos que nos ayudaron
a engañarnos.

MANTRA

También está bien
sentirte mal,
es habitual encontrarte
con esa enemiga íntima,
que te susurra en la nuca:
“esta angustia no se va a acabar”.

No te asustes,
no te desesperes,
no te decepciones,
no te aburras,
desplegá tu bandera
blanca y hundite con ella
en una cobija generosa.

Contra tu desilusión:
rendite.

Dejate caer
para saber qué quiere
de vos.

Si insiste tanto
será que tendrás algo

que le pertenece.
Entregáselo,
regalale todo lo que quiera
hasta que se calme
tu vacío
y asumas tu malestar
como una compañía fiel.

Esa también sos vos,
uña y carne como la alegría
y la tristeza,
que se palpitan engarzadas,
prisioneras del yin yang,
en esta dualidad dócil
de un transcurrir reflexivo
y sin recapitulación.

¿Por qué no habrías
de encontrarte,
al no encontrarte
y ser también
de esa otra manera
que abraza tu sombra
y la conforma
en la desesperanza

que acampa abierta
en el desierto
de la insatisfacción propia,
como un recreo
en la exigencia insaciable
que pregona la felicidad?

Pensá si realmente
sos la misma
o sos una variación
constante
de tu forma estática de estar.

Respirá el aire que se mueve
a tu alrededor y a tu pesar,
que por más que no distingas
el movimiento y el cambio
en las corrientes sutiles
de la existencia
que te pasa discreta
por al lado,
no hay nada que dure,
tampoco la tristeza,
por más que amemos la bossa.

Aunque estés parada y en silencio
la vida se agita.

Vivir es la única alternativa
que se te ofrece en el mundo,
el resto no es tu decisión.

No alcanza tu poder
para abortar la angustia,
sólo se te permite amasarla
todavía más,
hasta convertirla en una perlita
en la que puedas observar
tu tristeza brillando en libertad.

Estás ahora,
si sos capaz de aprovechar
el silencio que se concentra
entre el ser y el no ser
y traicionar a la de siempre
queriéndola,
de manera desacostumbrada,
sin que se lo espere,
sin el abandono
que te regalás cuando negás
que vos sos vos
también cuando sos tu enemiga.

Nada te ahorra estar triste,
aguantá que venga esta
que también sos vos
a decirte que está bien
estar mal,
sentí que se te ríe en la cara
cuando no te da respuestas
y admití que la vida
no es para que te den certezas.

Acunemos nuestra parte insoportable,
¿quién lo haría sino?
No hay nada más auténtico en mí
que mi negación al yo,
aun cuando me niego sigo siendo.
Algo valioso debe haber
en esta constancia ingrata.

Nuestra decepción nos conforma,
celebremos nuestra oscuridad
con las velas hacia abajo
en una merecida misa
secreta, encendida de amor
a nuestra bendita imperfección.
Nadie te necesita más que vos,
no vas a dejar
de llamarte desde tu rincón apagado.

PERFECCIÓN

Busco cerrar las historias,
que cuadren perfectas,
como un relojito.

Busco la perfección
sabiendo que la perfección
no es perfección concreta,
que cada cabeza tiene
una idea diferente de perfección.

Me obsesiono con atar todos
los cabos,
que no quede ninguna punta
suelta.

Y parece que olvido
que el arte nace de una herida,
y que hay heridas que no
cierran.

PRISIONERO DEL CANBERRA

A Alejandro Villanueva

Hoy, mirando por la ventana
de un bar de Pádova,
me pareció ver al Rengo
de Villa Elisa,
un amigo excombatiente,
que espero que todavía viva
y que decía que lo mejor
que le había pasado en la vida
fue cuando lo tomaron
prisionero del Canberra.
Los recibieron con sopa,
mantas y agua caliente,
hacía meses que no comía,
ni se duchaba o dormía.
Decía que los ingleses no podían creer
la desprotección y el estado
de indigencia en el que los milicos
argentinos habían dejado a los adolescentes
que enviaron a morir a las islas.
Decía, también, que la libertad

puede ser una forma de abandono,
que te dejen robar un queso
sin que te fusilen,
fumar con tus compañeros
cigarrillos ingleses de contrabando,
escondidos entre colinas,
frente al mar,
sin caer en combate.
A veces, sentirte prisionero
o liberado
puede ser una cuestión de temperatura.
Sólo la indignación
y el amor
nos mantendrán calientes.

COMIDA

Trabajábamos hasta las doce,
pero nunca salíamos antes de la una
o las dos,
algún cliente entraba a último momento
y nos daba rabia.

Un día decidimos cobrarlosla,
ya que del pago de las horas extras
que hacíamos todos los días
no teníamos ni noticias.

Así que en la bolsa de las sobras para el perro
colamos unas cuantas mollejas y unos tomates
para un amigo que paraba en casa.

El dueño nos interceptó en la cocina,
con la bolsa abierta nos pidió explicaciones:
“Es una broma para Pardo”,
un cliente que en ese momento
comía inocente su flan.

Nadie nos creyó,
pero la sacamos barata,
hace unos días
nos hubieran reventado a trompadas.

TÚNEL

Hoy pasé por un túnel de andamios
forrado de bolsas negras.

Yo hubiera dicho
que estaba adentro de un símbolo.

A un lado se veían las vidrieras
de los negocios cerrados

y, entre dos persianas bajas,
apareció un vestido de novia,

como un fantasma
en un laberinto del horror.

BEBÉ DE DÍAS

Fuera de tiempo
en un espacio
donde el reloj
se escurre diferente,
como en una pecera
de agua templada
duerme
mi vida
en pedazos.

CADA DÍA

Cada día,
entre las cuatro y las cinco de la tarde,
se produce aleatoriamente
un minuto de silencio
que M. no busca explicarse,
simplemente lo goza.

Es como si la gente
se hubiese retirado
a descansar un rato,
antes de la hora del té.

El teléfono deja de sonar,
en la sala nadie ojea revistas
ni pregunta direcciones,
si por casualidad alguien está
circulando por la recepción,
se sienta en los mullidos butacones
y espera,
concentrando la atención en los pistilos
de la orquídea blanca
que señorea la mesa ratona.

El silencio adopta una consistencia corpórea,
como de animal,
con una suspensión de los sonidos
que revela un alto en la acción.

En este intervalo M. acusa
el respeto y la aversión que le produce
cortar, con cualquier sonido,
el bloque que se desliza diariamente
sobre la habitación.

Cada día,
entre las cuatro y las cinco de la tarde
M. adhiere aleatoriamente
a una huelga simbólica de un minuto,
no teclea en el ordenador
ni mueve los expedientes,
simplemente espera
quieta
y en silencio
el disparo de salida
del primer sonido.

Puede ser un estornudo,
el timbre del teléfono,
una voz diciendo “bona tarda”,

la apertura de la puerta,
unos pasos bajando la escalera...
cualquier sonido
puede ser llamado
a encender
el ritmo armónico
de la acción.

LAS FOTOS DE CHICA

Las fotos de chica
que me dio mi abuela
las guardé en una caja de zapatos
en un estante de arriba
de la biblioteca.

Aparezco como un poroto naranja
emponchado en el medio de dos adolescentes
de pelo largo y pantalones pata de elefante,
después voy creciendo en el barro,
me salen hermanxs,
dos colitas en el colegio,
me acuerdo de los nombres de todxs lxs compañerxs
que nunca volví a ver
y de cosas que ni pensaba.

Pero también había otros detalles
que no me acordaba,
por ejemplo,
que de los seis a los nueve parecía un pibito,
de bebé con mi prima Vero
soy claramente un varón;

según mi hermano D
es porque las nenas del ochenta
nos parecíamos a la vanguardia del 70.

Mi papá en el setenta y tres, a los dieciséis,
con un Particulares 30
en la boca
mira de costado igual que yo
diez años después, a los ocho,
sentada como un chino al lado de la perra Acha.

Los dos con el pelo al costado,
largo hasta los hombros,
las camisas ajustadas,
la mirada desconfiada,
flacos como ramas jóvenes.

UN PARAGUAS POR UN FINAL

Hoy por la mañana
me puse un vestido largo
y escribí el poema ese
de las fotos
donde aparecen
los cigarrillos de mi padre
y la que fui
cuando era un varón.

Son rituales
de creación.
A veces me vienen bien,
a veces no.

Después me fui a trabajar,
salí bajo la lluvia de mayo
con un paraguas precioso,
que organizaba en armonía
la lluvia, el vestido, los pendientes y el camino hasta el
Metro,
en una dimensión seca y protegida,

rodeada de una cortina
de lluvia puntillista
azul, rosa y naranja,
como un cuadro impresionista
de Monet.

Y por un momento,
ante los ojos del cielo,
las cámaras de seguridad
y el diariero rancio del Passeig
me sentí una dama antigua,
esquivando charcos
con mis queridas botas de piel
de mis épocas de zapatera prodigiosa.

Esas botas claras y fieles
de tacón grueso y sonoro,
que desde hace nueve años
me acompañan en tantas
tormentas y taconeos,
sin dejarme nunca de a pie.

Sentada en el vagón
coloqué el paraguas
colgando boca abajo

en la baranda del costado
de mi asiento,
para que escurriera las gotas
sin enchastrarme a mí
ni a ninguna turista inglesa
de la bandada mojada
a la que sorprendió
la tormenta,
en la sedienta bar-cel-ona
de paella y sangría,
de amantes latinos con caspa y sin capa,
de sol-playa y balconing,
de Carmen y Camarón.

Saqué el móvil
para volver a leer el poema
donde esta mañana
mi abuela no estaba muerta,
y encontré a mi prima
y a mi hermano,
a lxs compañerxs del colegio
primario
y a la vanguardia política de los setenta,
en aquella Argentina de sangre
donde nosotrxs fuimos
bebés.

Me enterneció
vernos tan jóvenes,
casi iguales,
a mi padre y a mí,
por un truco de magia,
o una licencia poética,
como les gustaba decir
a mis maestras de tiempo atrás.

Simultáneos y ya,
mi padre y yo
en Passeig de Gràcia,
a una estación
de mi realidad actual.

Pero, justo a punto de bajar
para fichar a horario
en mi trabajo nutricional,
descubro que falta algo,
que el remate no pueden ser
las ramas delgadas
de los árboles jóvenes
que fuimos él y yo.

El tren comienza a bajar
la velocidad.

Llegamos a mi estación
en el momento en que entiendo
que nuestra unión no fue
solamente por las ramas,
que nuestra raíz
fue la misma rabia
adolescente
que nos inflamó
en el origen.

Y así bajé del metro exultante,
tipeando mi final
de poema redondo,
alcanzando en cuatro zancadas el récord de Bolt
y la escalera mecánica del Metro,
para nacer a la superficie,
como una Venus
aparecida del Mediterráneo
familiar y ahogado de Botticelli,
con el vestido, el peinando, los pendientes y

las queridas botas flamencas
hundidas bajo la tromba de lluvia,
que caía despedazándose
sobre mi cabeza.

Adiós mi dimensión seca y protegida,
adiós mi paraguas perfecto
viajando a la velocidad
del viento
en busca de otros cuerpos.
Si lo ven recuérdense que alguna vez fuimos efímeras
e inmortales,
en aquellos ojos que me revelaron
antigua.

Hola, mi pequeño y sólido
mundo laboral,
nos espera una tarde húmeda.

DISTANCIAS

De pronto una mañana,
las cosas de rutina
parecen haberse salido
de los márgenes acostumbrados,
como si unas pocas dioptrías
nos hubieran pateado
a otro paralelo.

THE SUN NO VIENE NADA

Vengo de la Plaça de la Vila,
tengo un lazo en la solapa,
es lila, con purpurina.

Es por las presas,
las exiliadas,
las encausadas,
y las represaliadas,
de Catalunya.

La mujer que me lo puso
me explicó que se puede cortar
y hacer dos lazos,
porque es de goma-eva.

Compartí un instante
de orgullo de maestra jardinera
y madre del AMPA.
Un instante silencioso
y telepático.

Les eché un euro en la caja,
me dijeron que si no tenía
no hacía falta.

Lo puse igual.

Como si un euro fuera a servir para algo,
sabiendo que no servía para nada
llegar tarde
a un acto que según me prometieron
había llenado la plaza.

Como si la Plaça de la Vila fuera tan grande.

¿Y cuánto tiempo habrán estado?
¿Veinte minutos?

Las presas llevan más de seis meses adentro,
no hay punto de comparación.

Los bares están llenos,
los negocios de Gracia
explotan pizzas y empanadas,
turistas y locales rebalsan el laberinto
de calles del viejo pueblito
de fama republicana.

Pregunto si se sabe algo de ellas:
Cóm estan?
No, no se sap res.
Quina merda, decimos juntas
y me voy.

No quiero soltar
mocos, ni lágrimas, ni escupitajos,
nada.

Me acuerdo de la noticia de esta mañana
en el periódico del bar chino,
donde a veces paro a leer:
“Un camión de circo volcó
y en el accidente murió un elefante”.

La foto mostraba una fila de cuatro
sobrevivientes.
Parecían el ejército de Aníbal
cruzando los Pirineos.

Mientras apuraba el último sorbo de café
pensé que eso era lo que les había faltado
a los CDRs para cortar las rutas
el día de la huelga del tres de octubre:

Un ejército de elefantes
a los que no pudieran procesar.

No, Aníbal no vino a la asamblea,
estaría violando a alguna diosa de la tierra
aquel día.

Bajo al Metro por las escaleras,
no aguanto pensarme encerrada
y otra vez me rondan la cabeza,
son ellas, las del lacito en la solapa.

Cambio en Passeig de Gracia,
voy por el túnel más largo del mundo.

De frente viene una pareja de seguratas,
uno trae un ojo morado y
pienso: qué trabajo de mierda,
recibir insultos
y un cachetazo
día sí, día no, día sí, día sí, día sí...

Más adelante un chico hermoso
toca el acordeón con los ojos cerrados.

Le tiro unas monedas rojas
que no le van a servir para nada,
ni siquiera me sirven a mí
para creer que estoy agradeciéndole
por hacerme soportable
este túnel infame,
en el que te cobran un billete
por caminar abajo de la tierra.

Al final del túnel
un señor de barba blanca
toca: “Here comes the sun.”

No le doy nada
porque no me quedan más monedas,
y además porque es mentira,
the sun no viene nada.

Salgo en Barceloneta
y me reciben dos chicas
cantando borrachas.
Estoy en casa,
por fin.

Espero que ellas vuelvan pronto,
también.

CLOTEX

A Claudia Rossi

Aplastábamos cucarachas con las chancletas,
éramos como la Gestapo con acaroina y Raid,
agitábamos garrafas para extraerles
el último gas,
usábamos soda cáustica no sé para qué,
pero alguna vez la usamos.
Compartimos Plusbelle.
Me hacías fotos en las puertas de los negocios
donde nunca podíamos entrar,
le comíamos los tomates al verdu,
con arroz como arroz,
espantando a las palomas caretas del ministerio.
Tranzábamos vidrio en lo de Aníbal y
en la multitud gritabas:
“Natalia, largá el cuchillo”.
Saltábamos la reja para entrar a casa,
cuando vivíamos entre diarios de un partido
que no te aguantabas
ni te aguantás,
porque, entre otras mil cosas, vos

ni marido ni partido.
Aunque marido tuviste uno
y esposa también una.
Fumeteábamos con tu-sobri-mi-amiga y nos hacías
cantar,
me cuidabas de todas las lobas
que amabas,
recorríamos el Gótico buzoneando publicidad,
como antes habíamos barrido pizzerías,
rejuntado propinas para ir a la playa
a seguir trabajando
en algún restaurant inmundo;
y por la noche corríamos
cuando los hombres
nos perseguían.
Fuiste la primera en viajar a verme
la panza que tiene tu nombre en segunda instancia,
como una opción,
como una Clau,
como una llave.
Saltabas sudando en el step y me contabas
las mil historias
del casting de unidos sí,
de las trillizas de oro pataduras
bailando con Julio Iglesias,

el día del bolo y tu primer plano en el cine.
Del empujón en la cama cuando se lo llevaron
adelante tuyo.
Hasta de los gatos monteses de la vieja
cuando vivías con el guardabosque,
de los cadáveres políticos que todavía te encontrás,
de Mauricio en Barajas,
de Cristina que te volvía loca,
con el perrito blanco en la tv
y te desesperaban mis carcajadas,
como tantas cosas y discusiones y empecinamientos
que te desesperaban
y te desesperan de mí.
También hablamos, grabamos y anotamos
del asesino de tu abuelo
y del asesino del abuelo de tu amigo que son la misma
persona.
Historias que sólo florecen en Entre Ríos
o en Zárate Brazo Largo
o en cualquier lugar que vayas vos,
nómada como él,
artista como él,
buscavidas como él,
sobreviviente como todas ellas:
la del pañuelo blanco,

la presa liberada,
la niña apropiada y rescatada.
De tu tío vanguardista, amante del bailarín del
accidente de avión,
de tu admiración por el novio de Vergara Leumann,
de Zulma cantándote con la guitarrita,
de una galería en Capital el día de la Amia,
de Rocco bailándote en malla
y de la vez que te fuiste a Puerto Pollença
a cantar Puerto Pollensa,
de la vez que me pediste que la abrazara a Gema
porque te ibas al Prat,
de mi asfixia en La Plata.
Agradezco la adorable posibilidad que me das
de traducir las joyas comprimidas en tus whatsApps
y faces anárquicos
de ortografía medieval
que me mandás hablándome
del asalto, de las plantas,
de Juana y Juanita,
de Anita y las diferentes camadas,
de lxs perris, de las chicas
y de tu útero.
Del yoga y de tus vecinos,
de las abejas de Lili, del mago viejo que levita,

del parto de tu sobrina en la cabaña de maderas que te hiciste
y te hicieron M&M,
de todas las plantas que te alimentaron,
de los agusanados del burger king que te gusta porque es como tu oficina,
de las dos inundaciones que mojaron tus fotos
y de toda la genealogía de amigxs que alguna vez fueron y son mi memoria de familia.
Clau, recuerdo tantas cosas
y siempre, siempre habrá más para recordar de tu maravillosa infinidad.
Qué suerte que vuelvas en septiembre,
que vuelvas y revuelvas
y no dejes de volver, ya perdí la cuenta de cuántas veces te escuché volver, como el tango y la peli.
A veces te extraño mucho
y me emociona pensarte,
me encanta escucharte cantar.

EL MIEDO LATENTE

Por ejemplo,
hay algo que me resulta duro.
Porque yo vengo pensando
que la escritura quiere dejarme
o que yo la quiero dejar a ella.
Y no es una separación limpia,
nos quedan tantas cosas por decirnos,
pero ya estamos aburridas
de nosotras mismas
y de nuestros berrinches.
Nos defraudamos mutuamente
habiéndonos prometido
mucho más de lo que podíamos darnos.
Y parece como si no hubiera nada.
Sin embargo,
hay una ceniza que no se apaga,
que insiste en prender
pero no tiene fuerza
como para llegar a encender una llama:
el fuego necesario
para devorarlo todo.

ZONA DE CONFORT

Adiós, mi rincón preferido,
ahora tengo otros
calambres que me buscan
las cosquillas.

BORDE

La espera es amarillo helado,
como un dios que se olvidó de salir del huevo,
como un agujero que no tiene dueño,
como si la respuesta la tuvieran los pájaros
o esas piedras afiladas
en los bordes de mis paredes
para que no pases.

MÁS PÁJAROS, POR FAVOR

Según lo que recuerdo
de algunas observaciones casuales
un pájaro estructura su vuelo
en dos movimientos básicos.

Sería más específico hablar de una golondrina,
aunque quién puede estar segura
a partir de una distancia.
La miopía mueve a la síntesis
y al arquetipo.

Un pájaro son todos los pájaros.
Por tanto, una golondrina
sí que estaría haciendo el verano,
en el país de los miopes.

Pero volviendo a lo mecánico
del movimiento:
Expandirse y replegarse.
Replegarse y expandirse.
Con dos movimientos

la supuesta golondrina flota.
Una sincronización de opuestos
invita a la imitación.

Flotar. Flo-tar.
En dos sílabas es posible invocar
el súmmum de la relajación,
entregarse el cuerpo
al fin del lenguaje
como a un conjuro.

DETALLES EN GENERAL

Caer en el pozo de la escritura
me salva
porque siempre estuve ahí,
esperándome.

La irrupción del fuego
extingue la alegría compartida
y el triunfo de la soledad
devasta y celebra la conquista
del palacio interior.

Un viento azul se ha perdido
entre los futuros muebles
de mi bosque oscuro.

Los juegos del tiempo
reflejaron en el espejo
de la distancia
una equivocación insistente
que tocaba la puerta
una y otra vez

sin que pudiera alcanzar
a atender... ¿qué? ¿el qué?
¿a quién? ¿por qué?
Tranquila, volverá.

No siempre estamos atentas
y los reproches se encadenan
como perlas amargas
en el collar de la inconsciencia,
por eso, dice el corazón:
parar y dejarse flotar
hasta que salga el barullo
de dentro
y las piezas encajen solas
en tu tetris del olvido.

La sonrisa de la mujer
profetizaba una espera
plomiza
y en el fondo de mi imaginación
caí de rodillas
sobre la alfombra de rombos
dorados
para alabar el retraso:

“Gracias, imprevisto,
por dejarme respirar
en paz.”

LA MÚSICA DE LOS QUE YA NO ESTÁN

Volver a los viejos cuadernos
es volver a las viejas músicas
y sentir que todavía impactan
con la violencia del primer día.

PAPELITOS

Se había acostumbrado
a escribir sus problemas en un papelito.
A tratar de buscarles significado,
origen, desarrollo, soluciones.

Como sapos en un laboratorio
los problemas eran diseccionados
hasta que les encontraba el corazón,
o lo que ella pensaba
que era el corazón del asunto
y no paraba
hasta que hubiera dejado de latir.

Así,
cada vez que tenía un problema
al final terminaba con un muerto,
un cadáver molesto,
de una tibieza pegajosa
que la angustiaba.

Años de culto,
flores y velas a la escritura
que mata y petrifica.
Floridos funerales
humeantes en su honor.

Por más vueltas que les diera
escribiéndolos
ella no tenía estómago
para pasarlos, ni tripas
para digerirlos.

Había aprendido a describirlos
hasta sus mínimos detalles,
sin poder atender a lo redundante
del circuito que se repetía
en diferentes frecuencias,
una y otra vez.

Y así persistía
con la libreta de apuntes
descansando a un lado,
el lápiz de culo mordisqueado,
afilado y a punto
y el microscopio enfocado,

sin alcanzar a entender
dónde palpitaba
lo relevante.

Tal vez por eso,
después de la carnicería,
no quedaba otra cosa
que la necesidad
perentoria
de sacarse el muerto
de encima,
escapar como sea
de ese abrazo gelatinoso
de la piel con la piel
del papel.

MUJERES EN UN BAR

Son las cuatro y media de la tarde
y la garganta me está raspando,
me siento en un bar para tomar un té
y hojear revistas sin prisa,
hasta que se me pase el dolor de cabeza.

Detrás mío hay una mesa
de unas cuatro o cinco mujeres,
no puedo saberlo con exactitud
porque están a mi espalda,
pero no quiero girarme
para que no noten mi presencia
y se inhiban en la conversación distendida
que vienen sosteniendo.

Se trata de un bar tranquilo
que no tiene terraza y la camarera
es una mujer mayor que atiende la barra
y las mesas
con una amabilidad dulce
y discreta.

La clientela está compuesta
y descompuesta
por las mujeres que trabajamos
por el Eixample,
un barrio de oficinas
y casas confortables
donde poco y nada
llama la atención,
salvo los elegantes
porches modernistas
de espejos, flores de piedra
y bronce repasado
con abrillantador.

Entre las declaraciones
que leo de una actriz
de la que nunca escuché
el nombre
se van trenzando frases
de la mesa del fondo
que me llegan todas juntas,
como un coro indisciplinado.

Dicen: Lyrica, es muy fuerte,
casi la mato,
en el hospital preguntaban:

¿Quién le recetó esto?
Y otra voz apuntaba,
a mí me va bien,
pero no es para cualquiera.

Diazepam, Tranquimazil.
Me había bajado la tensión,
me caí,
me di una hostia en la barbilla,
por no pedir una Coca Cola,
estaba en el suelo
y no me podía mover
cuando vino la ambulancia.

Valium, Ibuprofeno.
¿Queréis ir al cine?
¿Queréis ir a un scape room?
Me metieron la capucha,
cada una reacciona como reacciona.
No vayas a ver la película
Scape Room...

¡A ver, cari...
te vas a cagar!
Perdona, Conxi,
los matan.

Ahora ya no le hace falta
que vaya con la mami
porque le tomó el gusto
a ir sola.

Sola, jajajajaja,
detonan desde el fondo,
las risas de las señoras.
Aparto el té y
relajo mi cabeza
sobre la revista,
como en una nebulosa
de gas.

DURRUTI EN LA CAIXA

A José Buenaventura Durruti Dumange

Y hoy me golpeó un martillo en la conciencia
porque tenía que pagar
el comedor de la escuela,
y fui a buscar guita al cajero de la playa,
al lado del hospital,
y el teclado estaba roto
y no se podían insertar los números,
una mierda total,
entonces me fui al cajero de Passeig Borbó,
donde están las oficinas de La Caixa
y no va que había un montón
de turistas abarrotando los cajeros
sin entender cómo iban las pantallas
y además una cola larguísima
de abuelas y abuelos
que necesitaban ayuda para meter
sus libretas y sólo dos
trabajadoras intentando gestionar
el infierno de la mañana
en la que estaban ahogadas hasta el cuello

con un stress de novela,
que lo único que decían a la gente era:
“no, espere el turno, ahora no puedo,
tengo que atender a esta persona”,
y cuando finalmente me toca
le digo a la empleada que tenían todo
tan lleno porque el cajero
de la playa estaba roto y entonces
me agradecieron mucho y dijeron
que buscarían solucionarlo
ahora mismo
y que no lo sabían
y que pin y que pan
y yo muerta de vergüenza,
sintiendo arañarme
por dentro del corazón
la mirada de Durruti,
queriendo salirse por la boca
y morderme la cara,
porque no sólo hacía la cola,
sino que además colaboraba
con la “revolución” del buen rollo
y las sonrisas,
decididamente una reverenda mierda,
el logo de la Caixa me llamaba

con sus emoticones teatrales
para que los apriete y denuncie
si fui bien o mal atendida,
qué tristeza más grande.
Lo siento, Durruti,
perdón por todo,
como anarquista soy un fracaso,
pero te amo.

CREER O NO CREER

Creer o no creer,
si las alternativas se ajustaran
a esos dos extremos,
sería sencillo,
volveríamos a cortar cabezas
y nos entregaríamos
a la celebración de la justicia.

Pero nosotras nos encontramos
con que los fenómenos
nos sucedieron en vivo
y la cuestión de si creíamos
o no
se volvió intrascendente
al lado de los hechos descarnados.

Por supuesto que de haber sido otras
hubiésemos elegido creer,
que es lo más razonable.

Pero de la razón también quedamos al margen,
nosotras.

CREDO

Creo en las casualidades,
creo que no son casualidades.
Creo en la magia y en el azar.

El azahar, el jazmín y la ruda;
la *farigola*, el aloe y el romero;
el ajo, el laurel y toda la flora.
También la fauna
y el fauno.

Creo en el universo,
creo en el cielo, en la tierra
y en el mar tu-ru-ru-rú,
impasible en su run run,
que viene y va,
en su insobornable
respirar.

Creo en la vida
y en su implícita
partícula de muerte.

Creo en la imaginación,
allí nos encontraremos,
otra vez.

Creo en la suerte,
la buena, la mala
y la otra.

Creo que la alegría
y la tristeza,
son apenas dos
de los combustibles
que alimentan nuestros días,
como el pan y la cebolla
en la mesa exuberante
de la emoción circular.

Creo en el amor
a todas las cosas,
en todas las cosas,
por todas las cosas,
que me sostienen.

Creo en la eficacia
del afecto,

en la divinidad de la vida,
en su apuesta sagrada
de cada latido, en cada llanto
y en cada inspiración
girando hacia la
exhalación.

Creo en el triunfo del amor
que se robaron los ojos
de Michelangelo Merisi
da Caravaggio
en la Gemäldegalerie.
Creo en su tercer ojo,
y en los desconfiados
de santo Tomás.

Creo en el burka y el velo,
que vi serpentear en silencio
por las calles engastadas
con placas doradas
de la resiliente Berlín.

Creo que hay un orden
abstracto que no entiendo,
del que apenas puedo

leer algunas coordenadas,
que me convidan a explorar
mi vibración.

Creo en mi madre
y en todas las madres,
como en la madre Tierra
y en los planetas conocidos,
los desconocidos y
los imaginados.

Creo en la galaxia
y en la vía láctea.
Creo en el amor
de amamantar.

Creo en la buena y la mala
leche
(la que di y la que no di).
Creo en el coágulo
que despedí.

Creo en mi hija,
gracias, Minke,
por existir
y elegir anidar en mí.

Creo, confío y sé
que vas a ser
todo lo que puedas
ser.

Creo en la revolución permanente,
en la coreografía constante
del baile entre el tiempo y la Historia,
en que la necesidad vital del cambio
la vuelve inevitable.

Creo en la lectura de las manos,
de los ojos,
de todos los órganos del cuerpo
y sus expresiones
de salud y enfermedad.

Creo en mi pie derecho,
en mis dos clavos
de titanio cristiano
y creo en mi esguince
de herejía recurrente.

Creo que las personas
podemos ser y hacer
muchas cosas,

buenas y malas
y de las otras.

Creo en el ritmo de la Historia,
su eterno retorno
y sus momentos
irrepetibles,
como aquel aletear
de pañuelos
que rodearon
los mejores besos
en la plaza de verde
del Congreso.

Me gustan los relatos
de la pre-Historia
matrilineal
y el Big-Bang
original.
Me arrulla el murmullo
ancestral
de las hermanas viejas
alumbradas por
el fuego, el relámpago y la luna.

Pero creo, también, en un continuo
sin principio
ni fin, en ser
el sueño de un caracol
que habita en la penumbra
de hojas y arañas entrecruzadas
en la enamorada del muro
del jardín de mi abuela.

Creo en la Biblia
como creo en la literatura,
la filosofía, el tarot,
y el I Ching.
Creo en el poder y la búsqueda
humana de las religiones
y las narraciones.

Creo en la práctica de la escritura,
como herramienta de espejo,
consuelo, modificación,
compañía y sanación.

Creo en la luna, el sol
y las estrellas,
que sería yo sin ellas.

Creo en la infancia
y la vejez,
esos dos extremos
que al tocarse nos transforman
en bebés.

Creo en vos y creo en mí,
creo en tu paciencia,
confío en aprender a cultivar
la mía.

Creo en nosotrxs,
en nuestra música
y nuestra fragilidad.
Entiendo que tenemos
que tratarnos con cuidado
y ternura,
como hoy.

Creo en los colores,
bienvenidxs todxs,
como nos recibió Walt Whitman,
con la voz y el espíritu elevado:
“*Salut au monde*”.

Creo en mi semilla,
que en Reggio llaman *smenta*,
brotada en Calabria,
La Plata, Bragado,
Liniers, Lombardía,
O'Brien y Ancona.
Creo en la Barceloneta,
donde planté mi *smenta*,
nacida de la espuma
de los días
mediterráneos,
como una Venus de Vian.

Creo en los fuegos artificiales
que explotaron hoy para San Roque,
y coronaron mi cabeza
cuando terminaba este poema,
rodeada de gente desconocida
que celebraba nuestra
noche compartida,
bailando en las calles
raptadas por el dios
del verano.

Creo que en el verano
hay que tomar más agua.
Creo que el agua es bendita,
por concedernos la posibilidad
de una experiencia líquida exquisita.

Gracias fluido por ser
la sangre circulante
de mis venas.
Gracias, querida y roja
menstruación, creo en vos,
en las emociones dolorosas
de tu anunciación
y en la vitalidad de tu despedida.
Celebro tu presencia
y tu ausencia,
bienvenida
seas.

ACLARACIONES Y AGRADECIMIENTOS

Antes de despedirnos me gustaría agregar algunos detalles que prefiero dejar al final para no interferir con mis anécdotas en la impresión que la lectura pueda provocar en ustedes.

El título *En el fondo de este ruido hay música* apareció cuando daba un paseo por el barrio de L'Eixample, en un recorrido que hago por las tardes para estirar las piernas y descansar la vista del trabajo con el ordenador. Ese día, al rodear el precioso edificio modernista del Conservatorio Municipal de Música de Barcelona, por una de las ventanas se filtró un solo de trompeta tan brillante que me propuse grabarlo con el teléfono en un vídeo. Un cerezo rosa me ofreció un baile enloquecido, al ritmo de una ráfaga de viento que bajaba soplando por la calle València. Cuando subí el video a mi perfil de Instagram me di cuenta que el baile no se percibía con la intensidad con que lo había visto; y que la trompeta no llegaba a escucharse, tapada por el ruido del tránsito, los gritos de las criaturas que salían del colegio y las taladradoras de unos obreros que levantaban una construcción que no había notado hasta ese momento. A pesar de ese ruido, sabía que la música estaba ahí, como siempre.

El epígrafe que encabeza este trabajo son los versos finales de Piedra demente de la poeta, artista plástica, juglaresa, viajera y titiritera Elba Fábregas (1928-1984).

Distancias, Zona de Confort, Borde y Detalles en General nacieron de un mismo escrito ligado que tecleé en el portátil una noche de invierno, sentada en la cama, acompañada por el velador y el sueño de mi pareja y mi hija. En los auriculares sonaba en bucle un concierto que Juana Molina realizó con su banda en un estudio de radio en Seattle. Para ser fiel al título de este libro les comparto en el final una *playlist* confeccionada con canciones de mujeres que me ayudaron con su música en la Pandemia del 2020:

https://open.spotify.com/playlist/1CeWWuAvzvlDwHPXNarFRe?si=v9ogTIE4QOe3xJ_YQdfPDw

Prisionero del Canberra, se refiere al buque Canberra, en el que los ingleses devolvieron a los soldados que habían sido prisioneros en la guerra de Malvinas en 1982. Mi sentir sobre la guerra se lo debo a las conversaciones que mantuve con los poetas Alejandro Villanueva, Carlos Giordano, Gustavo Caso Rosendi y Martín Raninqueo, autores de la antología de poemas “El viento también recuerda” e integrantes del CECIM (Centro de Ex Combatientes en las Islas Malvinas). Los recuerdos que me transmitieron de sus vivencias en las islas, en un clima afable y dispuesto, son un tesoro que aflora en los lugares

más impensados, como en este poema en el que la miopía me procuró la alegre visión del Rengo cruzando una calle de Pádova. En el nombre de Alejandro quiero honrar a estos cuatro sobrevivientes que cruzaron el dolor para traernos puñados de verdad desde las islas.

Durante mi primera juventud trabajé por seis años en restaurantes que me proporcionaban dinero y tristeza en partes iguales. Cuando leí la noticia de que un vigilante de seguridad del supermercado Coto había asesinado a golpes a un anciano que robó aceite, queso y unos chocolates, recordé una anécdota de aquellos tiempos y la capturé en *Comida*, para compartirla en un grupo de WhatsApp que creó Al Muñoz, a quien conocí en Twitter. Se trata de un grupo que Al coordina con una dulzura poderosa, en donde gente de distintas partes del mundo, pero fundamentalmente de Argentina, nos intercambiamos poemas libres o a partir de consignas, según los ánimos planetarios. De ese juego salieron *Prisionero del Canberra*, *Comida* y *Cada día*.

En *The sun no viene nada*, se menciona al AMPA que es como se llamaba a la asociación de madres y padres de alumnx; en estos últimos años las AMPAs se están transformando en AFAs, asociación de familias de alumnx. También en este poema se habla de los CDRs, que eran los comités de defensa del referéndum por la independencia de Catalunya del 1 de octubre de 2017; una vez consigui-

da la votación se transformaron en comités de defensa de la república. Durante la represión, la persecución de activistas y los encarcelamientos efectuados por el Estado Español, los CDRs pasan a ocuparse del reclamo por la libertad de lxs presxs políticxs, encausadxs por defender la votación popular y el retorno de lxs exiliadxs.

Durruti en la Caixa está dedicado a José Buenaventura Durruti Dumange (León, 14 de julio de 1896-Madrid, 20 de noviembre de 1936). Fue un sindicalista que, durante una temporada, junto con otros anarquistas españoles se dedicaron a asaltar bancos en Latinoamérica para sufragar la revolución en España, con el objetivo de derrocar a la monarquía. A los diecinueve años mi amigo Michi me fotocopió el libro *Severino de Giovanni, el idealista de la violencia*, de Osvaldo Bayer. Mi romanticismo con el anarquismo se lo debo a ellos dos y al libro *Los anarquistas expropiadores, Simón Radowitzky y otros ensayos*. Años más tarde asistí a los hermosos homenajes que la escritora anarquista y feminista Antonina Rodrigo celebra los 23 de noviembre en el cementerio de Montjuïc, para conmemorar el aniversario del multitudinario funeral de Durruti.

El bar de *Mujeres en el bar*, fue uno de los tantos negocios que no resistieron la crisis económica que provocó la pandemia de COVID19. Cada vez que paso por delante de su persiana cerrada recuerdo los colores de aquellas

voces y con un cariño especial saludo en mi imaginación a la mujer que con su atención amable suavizó mis gripes y mis cansancios invernales durante unos cuantos años. Vuelven a mi memoria los cuadros que decoraban el local. Eran ampliaciones de fotos en blanco y negro que ella había encontrado en un libro que había sacado de la biblioteca, sobre la vida del puerto en la Barcelona de la postguerra. Las fotos eran un homenaje muy tierno que le había hecho a su padre, que había sido portuario, y a toda una cultura de las familias trabajadoras del barrio de la Barceloneta, donde se había criado.

El borrador de *Credo* lo escribí la noche del 16 de agosto de 2017 cuando salí a andar en bicicleta por las Ramblas de Barcelona. A las cinco horas y diecisiete minutos de la tarde del día siguiente, una furgoneta blanca subió sobre las Ramblas y se llevó la vida de dieciséis personas. A los pocos días la policía asesinó a cinco de los jóvenes terroristas, lo que facilitó que todavía no se pueda conocer la verdad, que seguimos esperando conocer.

Gabriel Báñez, (1953-2009) fue un escritor platense y mi profesor de escritura desde los 17 a los 22 años, su generosidad y su autodestrucción vidriosa eran de una intensidad equivalente. Su decisión de quitarse la vida en 2009 agregó al entrañable amor a la literatura que me transmitió, el hecho de tener que aprender a lidiar con los duelos a distancia. Su obra está siendo publicada por Facundo Báñez en La Comuna Ediciones.

Me hace muy feliz agradecer en estas líneas a Dahiana Belfiori, coordinadora de Abrir la Casa por compartir conmigo su talento, sus lecturas, sus consignas, su paciencia y su respeto en el cuidado amoroso por los textos. Su práctica sensible y humana constituyen un motor que me impulsó a completar este proyecto, sosteniendo mis berrinches, mis angustias, y recordándome, en cada uno de nuestros encuentros, la alegría saludable que nos da leer y escribir.

Alejandro Dato es un compañero de varias aventuras literarias y migrantes, fue el primero en leer completo este libro, cuando era un borrador, y me ayudó a publicarlo en Ediciones Revolver. Su complicidad y amistad son el regalo más bonito que me traje de Argentina, cuando emigré en el año 2002.

Quiero cerrar este libro con una declaración profunda de amor a Gabriel Szac Tévez, mi compañero de vida y de crianza.

NATALIA REYNOSO RENZI

(La Plata, Buenos Aires, 1975). Es maestra de educación primaria y licenciada en filología hebrea, trabaja de traductora. En el año 2002 emigró a Madrid y desde el 2003 vive en Barcelona. Tiene una hija. Es co-autora, junto a Alejandro Dato, de la novela *Morir Afuera* (Red Ediciones, 2012), y autora del libro *De las indias con amor* (Ediciones Revólver, 2014). Sus cuentos, poemas, entrevistas, traducciones y artículos fueron publicados en fanzines, blogs, libros, diarios y revistas como: Azul infinito, A priori, Iguazú, El Día, Bicho Mosquito, Alternativa, Editorial La Comuna, Moolaadé y LI.

En las redes sociales es :

@nataliatxt / natalia-renzi@hotmail.com

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS

Sesión continuada / narrativa
Marcelo Cohen

El fin de la espera / narrativa
Martín Andrés Hain

Anna Magnani y otros cuentos / narrativa
Patricia Suárez

El circo nunca muere / narrativa
Gabriel Báñez

Los zapatos del ahorcado / narrativa
Virginia Ducler

La observación / narrativa
Marcelo Cohen

Maltratado de Crítica / poesía
David Wapner

De las Indias con amor / narrativa
Natalia Reynoso Renzi

Sobre mi mesa más limpia / poesía
José A. González

Molgo Raf / narrativa
Alejandro Dato

Descargalos en
www.edicionesrevolver.com

INDICE

Prólogo	5
Dedicatoria	9
La misa de las once	11
Oración a Vincent van Gogh	14
Sant Joan	16
Azul	24
Bajo el cielo	25
Mantra	26
Perfección	31
Prisionero del Canberra	32
Comida	34
Túnel	36
Bebé de días	37
Cada día	38
Las fotos de chica	41
Un paraguas para un final	43
Distancias	49
The sun no viene nada	50
Clotex	55
El miedo latente	60
Zona de confort	61
Borde	62
Más pájaros, por favor	63
Detalles en general	65

La música de los que ya no están	68
Papelitos	69
Mujeres en un bar	72
Durruti en la Caixa	76
Creer o no creer	79
Credo	80
Aclaraciones y agradecimientos	90
Natalia Reynoso Renzi.....	96
Otros títulos publicados	97

